Quinto relato por Valentina Torres P.

Vivir dieciséis años en un pueblo me acostumbró a un ritmo de vida muy diferente al de las grandes ciudades. La casa en la que pasé la mayor parte de mi infancia y adolescencia era espaciosa, con un jardín grande y un silencio que solo era llenado por los sonidos de la naturaleza y la eventual música de los vecinos. Las tardes después de la escuela eran silenciosas y muy tranquilas; podía sentarme a ver televisión en la sala o a recostarme en el patio con mi perra para ver el sol ocultarse en el ocaso. Pero la vida era solitaria, porque la vida en el pueblo no era del todo segura y yo al ser la niña menor de la casa, dependía completamente de mis padres, de que ellos supieran en dónde estaba, para buscarme y llevarme. Ahora que soy adulta, agradezco ese cuidado que tuvieron conmigo, porque me protegieron.

Pero cuando emigramos, toda la dinámica cambió por completo. Ahora vivimos en una ciudad grande y un poco caótica. Y aunque actualmente estoy acostumbrada al ritmo de vida que me ofrece Medellín, no siempre fue así. Cuando llegué a esta ciudad a mis dieciséis años tuve que aprender a volar de forma abrupta; me lanzaron del nido directo al vacío. Ya mis padres no podían acompañarme a todos lados, ni protegerme siempre. Tuve que aprender a enfrentar la vida adulta y la independencia de mis padres en un entorno que era totalmente desconocido para mí. Tuve mucho miedo al principio, pero con los años pude soltar a la niña que dejé en mi pueblo, para convertirme en una mujer de ciudad.